

Cañete, una villa para la conquista del reino

Cañete, a “villa” to the Kingdom conquest

Susana Aldana Rivera*

Resumen:

La construcción de ciudades en el Perú durante la temprana etapa virreinal estuvo dirigida a lograr establecer y estabilizar un vice reino en estas tierras, vasallo de un reino mayor. Es decir, la conquista militar de las nuevas tierras fue mucho menos importante que su conquista burocrática. A lo largo del siglo XVI se fueron colocando los pilares de un nuevo orden que respetaba y combinaba la realidad local con los intereses foráneos: se fundaban ciudades, se establecían leyes que los conquistadores tenían que respetar, se negociaba con los locales, entre otros. La fundación de la villa de Cañete es el ejemplo de caso para analizar lo señalado y entender el éxito y el por qué los casi trescientos años de un virreinato como el Perú.

Abstract:

Building cities in the early viceroyalty period in Perú had a target, to establish and to settle a vice kingdom in these lands, vassel of a kingdom. The military conquest was not as important as the burocratic one. During XVI century, the foundations of a new political order were created and it respected and combined the former reality and the new one: cities were settled, conquerors had to obey imperial laws and a constant dealing with the local population was established. The creation of Cañete “villa” is the excuse for analizing this historical process in order to understand the Spanish success in this land and why the Viceroyalty period lasted almost three hundred years.

47

Palabras clave: Historia/ virreinato/ ciudades/ población indígena/ Cañete.

Key words: History/ viceroyalty/ cities/ indigenous population/ Cañete.

* Mg. en Historia. Docente en la Universidad ESAN y la Universidad de Lima.

Es interesante pensar ¿cuál puede ser la importancia de analizar los hechos históricos alrededor de la fundación de una pequeña villa como Santa María de Cañete del Perú en 1558?² Porque más allá de la historia como tal, la fundación y desarrollo de un núcleo urbano como el sujeto a análisis, el tema nos invita a reflexionar sobre el hecho de que con los españoles llega la cultura ibérica pero también el tiempo occidental y el discurso histórico. En sentido estricto sólo tenemos siglo XVI en adelante y por otro lado, con ellos se genera esa necesidad creciente de las sociedades por tener no sólo una memoria sino una historia, un discurso de sí mismas, que las explique. De allí que las fechas y los personajes se convierten en elementos claves de esas visiones sociales modernas que nos sustentan. Así, por ejemplo, en el caso de la historia del Perú, se señala que el 16 de noviembre de 1532 el Tawantinsuyu fue subyugado en un día por el foráneo, que gracias a su desarrollo cultural, dominó y hasta eliminó, inobjetable y fehacientemente, a toda la cultura andina. Terrible construcción histórica que ha naturalizado un discurso que establece como superior a una cultura, la occidental-española-europea, y como inferior a la otra, la local-indígena-americana. Y peor aún, por cuanto este supuesto fundamenta una historia mayoritariamente escrita desde la visión criolla-occidental, de carácter unívoco y secuencial que ha sacrificado la riqueza de los procesos simultáneos y paralelos de la historia andina.

Y si varios estudios permiten ahora afirmar que esta dicotomía maniquea (ganador-perdedor) no es cierta, los análisis de caso como el que nos ocupa, la fundación de la villa de Cañete, nos abre el panorama de las historias locales y regionales que matizan y enriquecen la historia oficial: la “conquista” no fue tan sólo el hecho militar en torno a la caída del Tawantinsuyu sino que en realidad, se extendió a lo largo de buena parte del siglo XVI en el que la Corona española tuvo que echar mano de “funcionarios” – en el sentido pleno de la palabra- que realmente le permitieran consolidar su presencia en estas nuevas tierras. La conquista del territorio andino fue bastante más allá de los primeros años de la invasión española y supuso enfrentar una compleja y múltiple realidad socio-política, propia de la sociedad andina, alimentada y redimensionada por el nuevo grupo cultural que, claro está, contaba con su propio bagaje histórico y con su propia carga de intereses. Una sociedad como la nativa, de mundo antiguo y levantada sobre un tupido tejido de alianzas y acuerdos, enfrentó la construcción de un pacto político con España cuya corona, además de su propio devenir, reflejaba también la experiencia de siglos de contacto, bélico y pacífico, con un imperio culturalmente tan rico como el árabe. La negociación constante y continua es el marco adecuado para pensar el encuentro inicial de ambas culturas, española y

andina, y la posterior mezcla de ambas; la situación cambiaría en el tiempo conforme se consolidaran las estructuras de racionalidad “moderna” no sólo en el Perú sino en el mundo.

Don Andrés Hurtado de Mendoza, segundo Marqués de Cañete, es un personaje muy interesante en este marco de continua negociación: llega al Perú (1556-1560) no sólo para administrar el naciente virreinato sino específicamente con la misión de someter a los capitanes de conquista españoles y finalmente establecer un gobierno que le fuera fiel a España: la Corona debía conquistar a sus conquistadores, negociar y pactar con los diferentes señores locales y poner bajo su control los posibles excedentes que esta sociedad produjera. Ya los primeros intentos de cambiar la situación con respecto a los conquistadores a través de las Leyes Nueva y el control sobre las encomiendas (1542), había generado una situación explosiva entre españoles que, como castellanos, se insertaban más en las tradiciones de los comuneros de Castilla -que tan sólo de manera muy reciente (1521) habían sido dominados por los reyes- y menos en la fácil aceptación del poder burocrático y autocrático de la naciente monarquía española.

Situación difícil cuya complejidad aumenta si consideramos que en estas tierras había un rico mosaico étnico que traspasaba frondosamente al Tawantinsuyu, con señores locales, con diversos grados de riqueza y poder, que contaban con el total y absoluto reconocimiento social y político en estas tierras y con muchos de ellos que encontraban muy conveniente la caída del macro-estado inca pues le permitía recuperar la libertad perdida. Ellos negociaron y jugaron sus cartas de manera individual con el nuevo poder, prefiriendo la Corona española que a los españoles conquistadores. En este ambivalente cuadro, de apoyo pero también de oposición, encontramos a diferentes grupos étnicos, como el señorío de Guarco, en el hoy valle de Cañete.

El punto de encuentro de estos múltiples planos históricos son las ciudades; sus fundaciones, sobre todo las ciudades de “frontera”, fue un elemento clave: permitían el “desagüe” de los “guzmanes”, soldados vagabundos, matachines de oficio y aventureros pero sobre todo, las ciudades, las villas y los pueblos fueron núcleos de control español desde donde las autoridades hicieron funcionar, con bastante éxito, el engranaje burocrático de la Corona. El calibre humano de aquellos encargados de construir el virreinato del Perú, como el marqués de Cañete, se comprende cuando se percibe el doble juego que enfrentan: por un lado, el rico mundo y cultura indígena, expresados en múltiples señoríos como el de Guarco con la que logran conciliar en el tiempo y que interesa presentar en un primer acápite. Del otro, es un inflexible accionar para lograr el control burocrático de la Corona

española en estas tierras en directa competencia con los conquistadores. Negociación e imposición, de la mano la progresiva estructuración de un orden socio-político diferente que se perfila en un segundo acápite al analizar el accionar del marqués de Cañete. Por ello, el último acápite sirve de conclusiones reflexionando sobre cómo la fundación de la villa de Cañete y su mundo cotidiano refleja también los múltiples niveles de relación: desde lo local y lo regional hasta la política del imperio y su interés por conquistar el reino, estableciendo un orden burocrático español. Unas pocas líneas finales a manera de epílogo, nos permite ampliar la dimensión cronológica del impacto del accionar del marqués de Cañete: si la villa de Cañete del Perú fue fundada por el segundo marqués de Cañete, fue vitalizada posteriormente por el cuarto marqués, su hijo. Ambos, más allá del parentesco, estaban convencidos de que la Corona española debía ser la que prevaleciera.

El señorío de Guarco y los señores de la tierra

Si se sigue a Garcilaso de la Vega, el señor de Chuquimancu fue el último señor de un pequeño reino prehispánico conformado por los valles de Cañete, Lunahuaná, Mala y Chilca, a no más de 200km. al sur de Lima; 22 leguas españolas exactamente. Un “señorío” que no llegaba a la parte alta de la cuenca del río Cañete, zona que habría estado bajo el control de los Yauyos, y cuyo límite sur tocaba con el importante señorío de los Chíncha. No obstante, poca información se tiene sobre los Guarco pues poco se encuentra sobre este grupo en otros cronistas y por ello, también se afirma que Mala formaba parte del señorío de Ychma (1200-1470) que se extendía desde los valles del Chillón, con una sede principal en el valle de Lurín hasta la cuenca del río Mala y la sierra de Huarochirí; un espacio que habría tenido como núcleo articulador religioso a Pachacamac, el principal oráculo de la costa central peruana.³ En el fondo, a pesar de los excelentes trabajos etnohistoriográficos⁴ que hay, en general se puede afirmar que poco se conoce acerca de las categorías de organización existente en las sociedades andinas más allá del macroestado inca,⁵ que fue el que subyugó la imaginación de los españoles y sobre el cual se cuenta mayor información.⁶ Es decir, mientras que en Europa se sabe que un reino no es lo mismo que un ducado o un condado y en Asia también se reconocen diferencias de organización política entre sultanatos, emiratos e incluso las satrapías, en el caso andino, todavía no se ha logrado establecer el tipo de organización pre-existente a la llegada de los españoles. Y esto es un punto importante para entender la complejidad socio-política que enmarcó la fundación de la villa de Cañete.

En el espacio hoy peruano, hubo dos grandes estados plenamente desarrollados para el siglo XV,

el Inca y el Chimú; el primero afincado en la sierra sur y el segundo en la costa norte: la continuidad geográfica en ambos casos –valles interandinos y valles costeros respectivamente– fue un factor importante para el desarrollo de estas organizaciones políticas tan grandes; entre ellos, pareciera haber habido múltiples pequeños reinos o “señoríos” bastante autónomos, con grupos especializados en agricultura, ganadería y pesca, que intercambiaban sus productos con otros grupos étnicos semejantes a ellos y también con los grandes estados. Cuando los incas comenzaron su expansión (s. XIV y sobre todo XV) y crearon el imperio que se conoce como Tawantinsuyu, fueron conquistando una serie de pequeños reinos o señoríos de diferente poderío y calibre cultural, si se toma en cuenta la densidad poblacional o particularmente, su riqueza agrícola. Uno de ellos, quizás el más rico de la costa central peruana, fue el señorío de Guarco, donde hoy se levanta la villa de Cañete.

En un territorio como la costa peruana que normalmente es muy seco y hasta árido en el que sólo se encuentran valles como una suerte de oasis, contar con un río como el Cañete de caudal permanente es un signo de riqueza indudable: el riego es constante y permite que cerca de 24,000 Has. de esta franja territorial sean agrícolamente explotables; se señala que en el pasado, pudo haber tenido entre 500 y 10000 Has. trabajadas. Es más, la combinación de riego continuo con un clima, normalmente suave aunque húmedo, posibilita entre dos y tres ciclos de cultivo por año.⁷ Y si hasta hoy en día, la estructura agrícola del valle es sumamente interesante económicamente hablando, en el pasado, en sociedades fundamentalmente de base agrícola, en las que el intercambio era limitado, vía dones y contradones, el valle del Cañete y los demás valles que de algún modo estuvieron vinculados bajo el señorío de Guarco (Lunahuaná, Chilca y Mala) deben haber sido un poderoso atractivo para los vecinos. Particularmente para los de la zona alta, la cabecera del río, rica en pastos para ganado pero de ningún modo tan rica agrícolamente hablando. Incluso, valles sin riego del todo permanente como Chilca y Mala desarrollaron técnicas agrícolas de chacras hundidas que sorprendieron a los españoles cuando llegaron; Cieza de León señalaba, asombrado, como se sembraba el maíz en hoyas a profundidad y colocaban una cabeza de sardina y “en tierra donde ni llueve ni cae sino pequeño rocío puedan gentes vivir a su placer”.⁸ Técnicas que también deben haber conocido los Guarco y permitido un uso muy intensivo del valle merced a la combinación riego de río y uso de napa freática; situación que podemos deducir de la cantidad de huacas o vestigios prehispánicos que se sabe hubo en el valle y que hoy en día han desaparecido al compás de la expansión agrícola.⁹

La localidad, entonces, estuvo densamente poblada desde lo más profundo del tiempo; ya hay importantes vestigios precerámicos de grupos pescadores que también tenían alguna pequeña producción hortícola; frejoles, por ejemplo. Luego se sabe que la zona tuvo influencia Chavín y Paracas pero sobre todo que en el Horizonte Medio (ca. 800 dC), se define un estilo propio en el que se nota la influencia Nazca en elementos tales como la deformación craneana, textiles y cerámicas. Finalmente, en el Horizonte Tardío (ca. 1500 dC) si se puede apreciar que hubo un dominio total de la zona con reemplazo de población y posiblemente hasta eliminación étnica; la época en que los incas se enseñorearon de la zona. Incluso se dice que los Guarco también tuvieron algún tipo de producción textil. Rostworowski (1989:85) nos habla de que es posible que hubiera artesanos que adornaran camisas y mantos y se sabe también que en la zona de Mala, se aprovechaban los yacimientos de arcilla para producir ollas y otras cerámicas como lo atestigua la presencia de hornos y herramientas así como otros restos encontrados en basurales. Con los españoles, el nitro necesario para la producción de pólvora saldría también de Mala. En Chilca, se encontraba la sal y las hasta ahora famosas lagunas ferrosas.

Al parecer, la visible riqueza de los Guarco y sus valles vinculados, les permitió mantenerse sin mayor contacto con sus vecinos; como señala Rostworowski¹⁰ es posible que dieran más de lo que recibían. Por lo mismo, debieron ser un foco de atención sumamente poderoso en casos de crisis de Antiguo régimen; con un equilibrio climático tan sensible como el de la costa peruana, sequías recurrentes y mala producción agrícola deben haber sido causa de numerosos conflictos entre los diferentes grupos étnicos de la costa central del actual Perú y también de la cabecera de los valles. Ello pareciera confirmarlo la presencia de construcciones en lugares estratégicos del valle: hacia el norte, el llamado Palacio de Cancharí, ubicada estratégicamente en la confluencia de los dos más grandes canales de riego; la impresionante Fortaleza Ungará, en una parte ancha del río Cañete en el sur y la Fortaleza y Templo de Guarco, al borde del mar. Además pareciera que había una muralla que partía del ahora pueblo de Cerro Azul (costa), en dirección norte-sureste y defendía el valle al cerrarlo hacia Ungará. Productos tales como frutas, maíz, algodón, yuca y camote se complementaban con los que los mismos habitantes podían conseguir del mar pues el valle termina naturalmente en el litoral; allí parece ser que hubo un grupo de pescadores especializados que abastecían con el tan necesario pescado seco a los pueblos de alrededor. El patrón de asentamiento parece ser el común para la costa peruana prehispánica considerando el tipo de geografía: el valle es la zona

principal de agricultura y separada por lagunas y marismas, se encuentran construcciones al borde del mar.¹¹ Al menos, la mencionada fortaleza de Guarco queda al borde mismo del Pacífico como una prueba de que los conflictos de este señorío no se limitaban a la tierra sino que también es posible que tuvieran que defenderse de ataques por mar, quizás de sus vecinos, los Chincha. Mercaderes éstos de largo y pujante aliento de quienes se dice contaban con tres mil animales (llamas y alpacas) para transportar sus productos hacia el altiplano andino así como un número semejante de balsillas con las cuales surcaban largas distancias marítimas y que al parecer, fueron tan importantes que la litera del señor de Chincha era la que seguía a la del inca cuando fue capturado en Cajamarca.¹²

Pero los enemigos no sólo eran los vecinos costeños sino principalmente los serranos. En un territorio como el costeño centroandino, el agua es, quizás, el problema más grande¹³. Y en tiempos pretéritos fue un factor de supervivencia fundamental y por ello, la explotación del territorio andino fue transversal. Los terrenos agrícolamente utilizables eran aquellos regados por los ríos desde sus inicios hasta su desembocadura en el mar. La explotación de cuencas hidrográficas, además, permitía controlar un número de pisos ecológicos con una productividad variada; en el Perú, hay poca producción de muchísimos artículos. Los grupos étnicos serranos, ubicados en las cabeceras de los ríos, siempre se creían con derechos sobre las tierras bajas y ante cualquier crisis climática o la presión demográfica, siempre se buscaba echar mano de las tierras bajas, generalmente más ricas agrícolamente hablando. Por su parte, los costeños o yungas siempre intentaban controlar y proteger las tierras del "chaupi yunga" entre los 300 y 1000 metros de altura. Pero en general, la sierra siempre estuvo en situación de predominio sobre la costa; muchas veces, cuando se trataba de conquistar un valle, los serranos simplemente derivaban el agua del río principal y de esta manera debilitaban a los yungas.

Este fue el caso de los Yauyos, un grupo étnico establecido entre los 1500 y los 5000m snm, en las cabeceras de los ríos Mala y Cañete, cuyo núcleo era la zona de Tupe pero que contaban con grupos étnicos ubicados en Mancos y Laraos. Zonas con rica producción agrícola pero sobre todo ganadera que no podían soportar con facilidad el aumento demográfico y el incremento de la demanda de comida lo que, al parecer, hizo de los Yauyos un grupo extremadamente belicoso. Por lo mismo, en diferentes momentos y en particular desde el Horizonte Medio (800dC), ellos buscaron ampliar su territorio sobre la cordillera central, buscando controlar las cuencas del río Lurín, del Rímac y del Chillón. Los Yauyos siempre fueron enemigos de los Guarco, en cuya cabecera de cuenca

Fortaleza de Ungará
<http://historiaenfotosperu.blogspot.com/2011/01/los-guarco.html>



se encontraban, y varias veces se enfrentaron a ellos. A los indios del valle de Mala, por ejemplo, los lograron conquistar cortando los manantiales serranos que alimentaban el río; sin agua, no les quedó otra que claudicar. Y posiblemente los vencidos le ofrecieron mullu a los vencedores como se registra en la mitología religiosa local en la compleja trama entre los dioses Pariacaca y Huallalo Carhuincho que finalmente nos da a entender el predominio de los serranos sobre los yungas.¹⁴

Pero el enfrentamiento más importante y que no pudieron sobrellevar los Guarco fue el de los quechuas en pleno proceso de expansión del señorío Inca, a punto de convertirse en imperio, en el Tawantinsuyu. Durante el reinado de Pachacutec (ca.1470) llegaron las huestes incas a las tierras de los yungas. Se habían enfrentado primero a los Yauyos pero al parecer, no pudieron vencerlos y por ello –o por algún otro motivo que desconocemos-, hicieron alianza con los “Atunyauyos” y enfrentaron juntos a los Guarco y a los valles vinculados al pequeño pero rico señorío, Mala, Chilca y Lunahuaná. Los Guarco fueron los únicos que resistieron la expansión inca en la costa surcentral peruana; como se ha dicho, el poderoso señorío Chíncha, al sur del valle de Cañete, se avino bastante rápidamente a la vinculación con el imperio –posiblemente les resultaba altamente ventajoso el dominio inca del altiplano para sus negocios hacia la zona. Pero en el caso de los Guarco, ellos nos estuvieron tan dispuestos a ser parte del imperio y les

ofrecieron fuerte resistencia; durante tres o cuatro años, los serranos combatieron a los yungas pero se retiraban en las épocas de lluvia. Probablemente las estrechas gargantas de la cuenca quedaban intransitables y éste era el momento que los yungas aprovechaban para sembrar y tener comida para soportar el siguiente invierno con la nueva embatida inca. Para poder vencerlos, los incas tuvieron que recurrir a estratagemas.

Rostworowski (1989:82), usando a Cobo, menciona que el orejón Apu Achache, hermano del Inca Tupac Yupanqui, fue el encargado de realizar una visita al valle del Guarco. Se sabe que los incas se expandían bajo dos modalidades, por asimilación o por conquista; la primera, intentaba presentar las riquezas y ventajas que podían compartirse por pertenecer al imperio y la segunda, simplemente consistía en utilizar la maquinaria militar ante la negativa a la vinculación pacífica. Y lo interesante de este caso es que supuestamente una curaca del valle de Guarco no quiso consentir la visita ni la asimilación y que el Inca se rió de esta actitud siendo la Coya la que solicitó se le permitiera conquistar a la rebelde, como así se hizo. La estratagema fue enviar emisarios de paz y merced a este ofrecimiento, el pueblo hizo una gran fiesta, se internó en el mar con balsas, música y tambores y en ese momento, los cusqueños aprovecharon para posicionarse en el valle y tomarlo. Interesante versión que no se encuentra en otros cronistas –quizás porque para los españoles el mundo femenino poco o nada

Fortaleza El Guarco, Cañete (Pe)
<http://historiaenfotosperu.blogspot.com/2011/01/los-guarco.html>



tenía que hacer con la guerra - pero que, aunque nos falte más elementos comparables, nos remite por un instante a esa visión dual del mundo que tenían los andinos: como en toda sociedad tradicional, en la guerra se entrecruza lo sacro con lo cotidiano; posiblemente dependiendo del tipo de batalla, del dios local –masculino o femenino-, etc., la guerra es entre hombres pero también entre mujeres.

En todo caso, lo que sí se encuentra en otros cronistas es el hecho de que los incas envían ofrecimientos de paz y que a causa de una solemne pesca, posiblemente de carácter ritual –agradecimiento?– las tropas incas se apoderan del valle y los yungas cuando retornaron enfrentaron un fuerte castigo. Las represalias de los incas fueron terribles. Recuérdese que, como sociedades de antiguo mundo, eran etnocidas y se dice que por ser los únicos yungas que se les opusieron se mandó colgar en las murallas de las fortalezas a numerosos rebeldes. De allí también parece ser que se dispuso que algunas tierras pasaran a ser explotadas por los Yauyos; en otras se ubicó a mitmaquna y yanás, otras más pasaron al control de los Chincha y los Coayllo e incluso, se ubicó allí a grupos humanos mochicas –probablemente desplazados luego de que se venció al imperio chimú.

Uno a uno, cayeron los valles; los Lunahuaná, por ejemplo, se avinieron más rápido a los incas para evitar el castigo. Los Guarco fueron los últimos y por eso, allí se ubicó a los Coayllos quienes tenían las tierras del valle de Cañete donde se fundó la ciudad

del mismo nombre. Pero en cuanto vida local, se sabe que los incas colocaban funcionarios por encima de la administración de la zona. Son visibles las formas andinas de organización; en las informaciones ya establecidas con los españoles, se percibe el funcionamiento política administrativo local. En el caso de Lunahuana, por ejemplo, se aprecia con claridad la cuatripartición: cuando se encomienda este valle a Diego de Agüero en 1534, se menciona que en este señorío había cuatro guarangas; la encomienda se hace ante el “Cacique Lunaguanay” como señor principal y también hay referencia a Tula, quizás otro señor principal, vinculado al pueblo Limas; luego se menciona a otro principal ubicado en Llaquipa o Llaquixa, zona de minas al parecer y finalmente a Allauca, señor natural del pueblo de Mullibamba, pueblo –al parecer– de mitimaes. Rostworowski (1989:99) señala que una de las huarangas tenía el nombre Jucxu y que la gente del común de los pueblos eran reducciones de Pariaca, Paullo y Pacarán.

Los Guarco y los Lunahuana sufrieron, entonces, la represalia inca y al momento de entrar en escena los españoles estaban todavía dolidos por el accionar del imperio y pareciera que, por lo menos, se mantuvieron neutrales –sino a favor de los foráneos– en el momento de la conquista. Se dice –y lo veremos con mayor precisión después– que las guerras civiles entre los españoles los dejaron arruinados y quizás por eso o por motivos que no conocemos, los encontramos luego a los señores de Guarco y de Lunahuaná



Fortaleza de Ungará
<http://www.oocities.org/athens/acropolis/9071/ungara.htm>

peleando a favor de Mano Inca en la gran rebelión que éste encabezara; al fin y al cabo una de las mejores zonas de subida a la sierra es por este último valle interandino. Hay que recordar que los señores del Tawantinsuyu seguían guerreando entre ellos a pesar de la presencia española -y hasta sirviéndose de-. Incluso para 1536, Mano Inca, aliado de los españoles, se había levantado contra ellos y había llevado a cabo el sitio del Cuzco y también de Lima que por poco no habían sido exitosos: los españoles habían contado con el apoyo de un contingente enorme de Chachapoyas y Cañaris en el primer caso y entre otros, el apoyo de los indígenas de Huaylas, en el segundo; aquí funcionó la alianza matrimonial de Francisco Pizarro. No muy bien estudiados y mucho menos comprendidos, estos cercos se levantaron y Manco Inca centró su interés en la batalla con los Huanca en la zona de Huamanga (Ayacucho), centro del Perú, sus tradicionales enemigos. Finalmente, retirado a Vilcabamba donde se estableció una corte de los Hatun Cusco en exilio, moriría a manos de unos españoles almagristas, huidos del Cusco tras la muerte de Almagro, en 1544. Sayri Tupac fue el siguiente Inca que desde este retiro seguía controlando las rutas de la ceja de selva, más que posiblemente controlando a los señores y grupos étnicos aquí ubicados y sobre todo, impidiendo la libre circulación de los mercaderes españoles. Este fue el Inca que se entrevistó y pactó con el marqués de Cañete, como se verá.

El marqués de Cañete, pacificador y conquistador de los conquistadores

Para nadie es desconocido que los españoles pusieron pie en América desde 1492 y de allí en adelante, simplemente se fueron desparramando por lo que pronto supieron que era un nuevo continente. De manera muy rápida, los imperios y señoríos americanos fueron cayendo bajo su dominio, demostrando menos la capacidad bélica europea y más la debilidad de las organizaciones socio-políticas americanas. En el caso del Tawantinsuyu, recién en este mismo siglo XV se había formado como imperio y había crecido a un ritmo tan inusualmente rápido como para que todavía no hubiera transcurrido suficiente tiempo entre las conquistas y la imposición de una estructura administrativa funcional. Al fin y al cabo, las estructuras incaicas construidas a partir de la experiencia del control de los valles cuzqueños y del sur andino, se establecían ahora sobre un territorio varias veces más grande y más rico que el original inca; no es de extrañar entonces, las crisis políticas concomitantes.

Como la que existía al momento de la llegada de los españoles en que el linaje de los Cusco -y las panacas (ayllus reales) a él pertenecientes- estaban sufriendo la competencia y el conflicto abierto de panacas de otros linajes igualmente importantes pero de provincias sometidas por los cuzqueños¹⁵. Francisco Pizarro demostró su habilidad y la experiencia española de siglos de enfrentamientos contra los



Fortaleza de Canchari
<http://historiaenfotosperu.blogspot.com/2011/01/los-guarco.html>

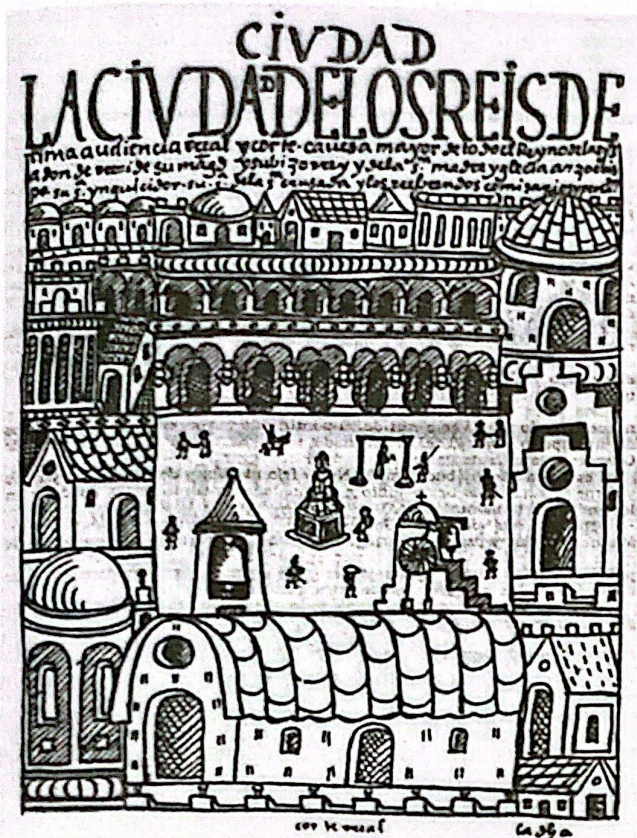
54

árabes; copiando además, lo que Hernán Cortés hiciera, se dedicó a luchar y negociar, negociar y luchar con los señores locales; supo interpretar bastante bien los antagonismos étnicos locales y servirse de ellos. Mientras tanto, conforme los españoles llegaban, como grupo étnico diferente -con una cultura diferente y técnicas de guerra diferentes- fueron insertándose y participando de la problemática local: en lo individual, muchos no quería quedarse en las nuevas tierras sino regresar a España y fundar solar conocido aunque, como normalmente resulta, la realidad probó ser bastante diferente.

Mientras tanto, el grueso de los españoles conquistadores –simples pecheros en España- buscaron ser señores en estas tierras, hicieron que los indios les sirvieran de manera forzosa y finalmente, buscaron encomiendas de cuya renta poder sobrevivir: el haber arriesgado la vida y derramado su sangre, les daba –según ellos- los derechos de conquista. Tómese en cuenta que la mayoría eran campesinos desarraigados o simplemente, gente que se buscaba la vida. Y su vida hacia 1540 era ciertamente tratar de conseguir participar de la notabilidad de las ciudades, ser un “señor” cargado en litera por “sus” indios y con una encomienda cuya renta les permitiera sentar a su numeroso séquito a la mesa cotidianamente. Poco interés tenían en que la Corona buscara reemplazarlos en la administración de las nuevas tierras; ellos querían seguir viviendo como hasta ese momento y no podían comprender que un territorio tan grande como el

que habían conquistado para España necesitaba más que simplemente poderes individuales –que hubieran terminado en una suerte de feudos independientes en constante lucha- sino toda una burocracia que permitiera canalizar las riquezas a la naciente monarquía moderna española. En este sentido, las “leyes nuevas” fueron pésimamente recibidas por los conquistadores y sus hijos, los beneméritos. En esas leyes, la Corona limitaba el servicio personal de indios, devolviendo a los indios a sus tierras originales,¹⁶ y por otro lado, tomaba bajo su control las encomiendas, limitando su usufructo a una o dos vidas de los conquistadores y beneméritos (que se pensaban con el derecho a heredar lo que sus padres habían ganado).

El panorama se presentaba sumamente complejo. Las revueltas entre los conquistadores tenían mal precedente. En un inicio, los conflictos entre Pizarro y Almagro tiñeron las tierras conquistadas con sangre española y también indígena; primero los almagristas cayeron bajo la espada de los pizarristas y luego éstos, sufrieron las represalias de Almagro, el mozo;¹⁷ entre ellos, los indígenas se convirtieron en la carne de cañón de un ejército cuya composición no ha sido bien estudiada. Vaca de Castro (1542) implicó un orden de la Corona no muy respetado que fue ampliamente cuestionado con la llegada del primer Virrey Blasco Nuñez de Vela y la ejecución, impositiva, de las Leyes Nuevas. Gonzalo Pizarro, el hermano sobreviviente en estas tierras del conquistador, acaudilló la rebelión de gente, que en la mejor tradición castellana, buscaba el



Ciudad de Los Reyes de Lima
Guaman Poma de Ayala.

reconocimiento a sus derechos y fueros de comunidad y que anteponía los derechos colectivos de las ciudades a la burocracia del rey. No en vano, cuando llegó el primer virrey a Lima para poder ingresar a la capital se le había forzado a jurar guardar los fueros de la ciudad.¹⁸

En todo caso, el foco revoltoso era menos Lima y mucho más el Cuzco. Allí, a pesar de haber sido vencido Gonzalo Pizarro –y haber sido ajusticiado (1548)- seguía el descontento de tanta gente que veía mermadas sus posibilidades de cumplir su sueño de ser señor; cada día escaseaban más las encomiendas y buen número de españoles, sin mayor oficio que ser vagabundos espadachines, causaban constantes y continuos problemas a las autoridades locales: los puñales, las estocadas y los motines de soldados eran cosa cotidiana. Peor aún, cuando la Corona recortaba –según ellos- aún más sus posibilidades de destacar pues impedía el servicio personal de indios y en general, protegía a los indígenas; inclusive, se había restringido las “entradas”, la otra posibilidad de ganar fama y riqueza y de convertirse en vecino notable de alguna ciudad recientemente fundada. Ciertamente, la Corona tomaba especial cuidado de los indios; al fin y al cabo, el control efectivo del territorio –y echar mano de los excedentes productivos- suponía lograr conciliar sus intereses con los nativos y por ello, los protegía de los abusos de los peruleros que, como el término indiano, tenía connotaciones totalmente peyorativas. Incluso, en una cuantas leyes más que se

añadieron a las “Ordenanzas” –nombre oficial de las Leyes Nuevas-, la Corona estipuló que el tributo de los indios a sus encomenderos fuera siempre inferior al que pagaban sus caciques en tiempo de “gentilidad”. Obviamente, se buscaba ganar la adhesión de los locales indígenas para con la Corona española.

Porque mientras, la situación entre los españoles había estado bastante revuelta, no era menor la situación entre la población indígena. Como se ha mencionado, Manco Inca era un inca reinante en Vilcabamba, que probablemente dominaba toda la ceja de selva, y cuya presencia desestabilizaba la naciente burocracia española en estas tierras. Aunque supuestamente los quechuas tenían poco poder, si nos confiamos en la corta información que los españoles dan sobre Vilcabamba, no está demás recordar el sesgo de la información por cuanto los españoles estaban más dispuestos a engrandecer su accionar que el de otros y si este “otro” no los antagonizaba demasiado pues se podía pasar de él. Así, si la situación con los conquistadores españoles no era para nada tranquila, tampoco lo estaba la relación con los señores nativos. Sobre todo porque el Cusco seguía siendo el escenario principal de las acciones.

En noviembre de 1553, volvió a estallar la rebelión entre los españoles; esta vez, encabezada por Francisco Hernández Girón. Conquistador poco conocido por la historiografía que, sin embargo, fue ampliamente aceptado y reconocido por el grueso de conquistadores de estas tierras. Incluso se le llegó a

nombrar Procurador y Justicia Mayor del Perú en una sesión del ayuntamiento –que no cabildo- del Cusco con representantes de las ciudades de Huamanga, Arequipa y La Plata; se dice que los soldados de su ejército eran incontables. En el otro lado y por la causa del rey, estaba Alonso de Alvarado que había pacificado el Alto Perú, levantado en armas por Sebastián de Castilla (mayo de 1553) quien desde Potosí reunió un ejército con más de setecientos hombres españoles y siete mil indios cargueros. Y aunque los indios si aparecen en la historiografía sólo son “cargueros”, en el fondo, por cada español que participa en la batalla podemos pensar que hay diez indígenas que también toman parte, forzosamente o por acuerdos con los señores locales. Además está el hecho geográfico: subir a y bajar de la sierra sur implica servirse de las quebradas; Hernández Girón bajó a Lima por la quebrada de Manchay (1554) y en su retirada, por los “secadales” de Chilca, Mala y Asia, se parapetó en la fortaleza incaica del Guarco aunque luego continuó a Chíncha y Pisco; después, derrotado, al volver a subir a la sierra, lo hizo por Lunahuaná.

El mal ejemplo cunde, reza un dicho popular y en este caso, no fue de otro modo. En paralelo a Hernández Girón hubo alzamientos en Piura y en Guatemala, de poca monta en realidad, pero no por eso, en un momento nada conveniente que terminaron por ser debelados. Pero la situación realmente problemática era la de Chile en la que a la muerte de Valdivia, se vinculó un número de levantamientos indígenas con la división de intereses y posiciones entre los españoles con respecto al reconocimiento de Gobernador. Es posible que detrás del reconocimiento de uno u otro gobernador estuviera ese sempiterno disgusto de los capitanes de conquista de ser desplazados por la burocracia de la corona española. Pero en todo caso, el mismo año de 1554, la Corona veía puesto en jaque su poder en el corazón del virreinato del Perú –Cusco, Lima y el surandino- y también en el extremo sur, entre los diferentes cabildos chilenos. Además de que, en ambos casos, la población indígena también estaba movilizaba, fueran los indios quechuas desde Vilcabamba o los araucanos.

Este era el marco poco grato que entornaría al Marqués de Cañete. Poco necesaria se hace la explicación de porqué la corona envió a un funcionario del calibre de este Marqués que se consideraba a sí mismo “el Rey vivo en carnes”.²⁰ Poco entendible, más bien, es el porque la Corona dio marcha atrás y nombró como su replazo, al Conde de Nieva, un “bonvivant” en realidad, más hecho a la vida cortesana y muelle de los señores de su tiempo que a la recia administración; quizás el análisis tendría que ir por el cambio de visiones pues Felipe II remplazó a Carlos V. Pero, en todo caso, lo que sí es visible es que la Corona estaba en un inteligente tire y afloje tanto con

los señores de la tierra como con los nuevos señores de la tierra, es decir, los conquistadores.

El marqués de Cañete fue un virrey totalmente autocrático y sus “Instrucciones” son muy específicas: debía hacer “visitas a la tierra” y sobre todo, después del accionar de “Francisco Hernández Girón y sus secuaces”, poner “sosiego y quietud”. Además, establecer autoridades con salario, reclutadas entre vecinos que no tuviesen indios y “aprobados en cristiandad y bondad y cuerdos” sin que se haga reparto de ninguna encomienda por cuanto “la administración requiere de dinero”.²¹ Como se ve, se mantenía el problema de fondo, la imposición burocrática de la Corona, y el virrey debía hilar muy fino. La opción del Marqués fue hacer sentir el peso de la Corona como un modo de amedrentar a los conquistadores y por otro lado, reconoció la cultura y el vivir de los naturales: buena parte de lo que se conoce de la zona norteña prehispánica del actual Perú se debió al Dr. Gregorio Gonzáles de Cuenca y para nadie es desconocido la gran épica escrita de Don Alonso de Ercilla; personajes ambos que llegaron con el marqués de Cañete.

A su paso, el virrey fue haciendo sentir el peso de su autoridad. En Trujillo, encontró culpables de atentar contra el orden del rey –hablando demás sobre la situación o por libelos- a su pariente D. Pedro Luis de Cabrera, y a un poderoso encomendero Francisco Pérez de Lezcano, a quienes remitió a España. Como bien se preciara el marqués de Cañete en sus tres años de gobierno ajustició a los tenientes del rebelde Hernández Girón y a Martín de Robles, viejo secuaz de Gonzalo Pizarro y mandó recoger todas las armas con la excusa de crear la Sala de Armas de Palacio. Se sirvió de oficiales de su confianza para vigilar los caminos y quien entraba y salía de las ciudades más importantes y cuando comenzó a subir el tono de las demandas de los descontentos por su demora en dar encomiendas, invitó a los cabecillas a una comida en Palacio y luego de terminar, los mandó prender, llevar al Callao y desterrar a España poniendo fin a cualquier conato de rebeldía. Muchos otros fueron enviados a Chile bajo el mando de su hijo Don García; otros más fueron permitidos de realizar entradas como la de Juan Salinas de Loyola en la selva hoy ecuatoriana y en general, se preciaba de haber degollado, ahorcado y desterrado a más de ochocientos españoles revoltosos.²² Quizás por todo esto, el virrey vivía en la capital virreinal rodeado de guardianes y lacayos: diez escuderos hacían constantemente la guardia delante de su cámara y doce alabarderos en la sala además de contar con una compañía de gentiles hombres y guardia de arcabuceros.

Pero sus habilidades diplomáticas eran, en todo caso, igual de certeras que el uso que hacía de la fuerza. Al crear compañía de gentiles hombres de

lanzas y arcabuceros dio ocupación y renta digna a muchos caballeros y soldados. Pensando en una forma de tranquilizarlos, promovió la fundación de nuevas ciudades, como la de Cuenca en la audiencia de Quito; la de Santa María de la Parrilla en Ancash y Cañete, al sur; ciudades y villas que eran la oportunidad para que los españoles se avicindaran –incluso dio el orden para que los solteros tomaran mujer y fundasen hogar- de modo tal que se dedicaran al cultivo y no a la guerra. Como interesadamente señala Vargas Ugarte (1979: 79), Lima quedaba unida a Quito, al norte, merced a las ciudades de Santa, Trujillo y San Miguel por la costa y subiendo a la sierra por Loja, Cuenca y Riobamba; la selva norte quedaba asegurada con Chachapoyas y sobre todo Santa María de Nieva. Y el Cuzco, el ombligo del mundo, se pasaba por Jauja y San Juan de la Frontera de Huamanga si se tomaba el camino por el centro o por la costa, pasando por Cañete, Camaná subiendo por Arequipa. Por eso también mandó construir múltiples puentes, para asegurar la facilidad y sobre todo, la seguridad en los largos viajes.

Las ciudades que fundó el Marqués de Cañete a lo largo y ancho del virreinato tuvieron, así, hasta un triple propósito. Por un lado, funcionaban como “desagüe” a los soldados sin oficio ni beneficio convirtiéndolos en vecinos útiles a la Corona. Pero también eran los núcleos de control de la autoridad española pues desde las ciudades se estableció el orden español, el único existente que en la realidad existía en tierras tan revueltas. Y, finalmente, la ubicación de estas ciudades era clave porque por lo general, estuvieron ubicadas en zonas cuya población nativa era más que medianamente levantisca, como era el caso de los Yauyos y Guarco a lo largo del río Cañete.

Porque quizás lo más importante que hizo el virrey marqués de Cañete fue pacificar el reino estableciendo un pacto ni más ni menos con Sayri Tupac, el Inca rebelde de Vilcabamba. Aunque falte un estudio sistemático de sus relaciones con la población nativa, el impacto de esta situación se hace patente cuando encontramos que un dominico como Fray Domingo de Santo Tomás, seguidor de Las Casas, escribió elogiosamente sobre el marqués cuando todo el mundo estaba contra él –a pesar de que estuviera muerto- olvidando los diferentes tropiezos y enfrentamientos que Cañete tuvo con la iglesia. Pero para 1562, el virrey caía dentro de lo que un lascasiano podía considerar un gobernador adecuado: republicano, cristiano y hombre de bien, constructor de puentes, de alhóndigas, de casas de mestizas, y sobre todo “favoreció los indios”; incluso, el hospital de indígenas contó con el apoyo especial del marqués. Finalmente y a pesar de todo, las políticas coloniales de Carlos V fueron distintas de las que llevó adelante Felipe II; quizás por eso, cuando se dieron las noticias

de la muerte del primero, se dice que el marqués de Cañete le señaló a su mayordomo que “ya no era virrey”, anunciando así la realidad que poco después enfrentaría.²³

Poco se sabe de lo que realmente significaba Sayri Tupac para la sociedad andina no-española; prácticamente ningún estudio etnohistórico ha tratado sistemáticamente de establecer este hecho. Se acepta que el inca estaba retirado en Vilcabamba y que su poder se había visto total y absolutamente menoscabado. Sin embargo, para los locales y si consideramos las implicaciones político-religiosas de una sociedad tradicional como la andina, el Inca era el descendiente de los Hatun Cusco, de la importante panaca Yupanqui y un dios- hombre; el reconocimiento que le otorgaba la sociedad andina debió ser importante, lo suficiente como para que españoles cultos, como el marqués de Cañete y la Corona misma, supieran que mientras no lograran colocar bajo su control a este personaje, simplemente el reino estaba en peligro. De hecho, la muerte del sucesor, Tupac Amaru I, a manos del virrey Toledo (1572) causó tanto llanto y gemir entre los naturales inmediatamente a su ajusticiamiento que hizo temblar a los españoles en el Cuzco.

La villa de Cañete, a manera de conclusiones

Como se ha visto, el marco socio- político en el que se funda la villa de Cañete es altamente complejo. Más fácil fue llevar adelante la conquista que establecer un verdadero control de los territorios conquistados; los conquistadores consideraban que ellos y sus hijos tenían derechos inalienables a las nuevas tierras. Y se constituían en una real amenaza para la Corona, no sólo por la violencia de sus actos –como se ha visto en las llamadas guerras civiles entre los españoles- sino porque se corría el riesgo, enorme, de que entroncaran con los señores de la tierra y se convirtieran, así, en parte de ellos. Los señores de la tierra eran, también un problema y muy particular, sobre todo porque, como en toda sociedad de Antiguo mundo, su ascendencia y poder sobre el conjunto de la población era de carácter político-religioso y por lo tanto, enorme; mucho mayor del que cualquier español alguno hubiera pensado.

Cañete del Perú es por tanto, como se dijo, un buen ejemplo del tipo de negociación que necesariamente tuvieron que realizar los españoles. El señorío del Guarco, al parecer, era un espacio densamente poblado para fines del siglo XV; se señala que los indígenas del valle fluctuaban entre los quince y veinte mil personas a la llegada de los españoles. Pero rápidamente comienza, la caída y luego la catástrofe demográfica: hay que recordar que los Guarco, tras enfrentar a los quechuas- incas, fueron terriblemente castigados y sus tierras repobladas por mitmas. Sin mayor tiempo para la reproducción natural y aunque

con estos nuevos grupos étnicos asentados en sus terrenos –como lo prueba la presencia de grupos moche y de los Coayllo-, se dan los hechos militares de la conquista española que quizás no impactaron demasiado pero que posiblemente permitió que los mitmas regresaran a sus tierras de origen. De hecho, los Guarco sufren más y peor los años iniciales del asentamiento español. Por un lado, las guerras entre nativos no han terminado y por el otro y sobre todo, están los conflictos entre los españoles: Chilca, Guarco y particularmente Lunahuaná, son la entrada y bajada de la sierra sur. Y finalmente están las epidemias que cruzan y recruzan el ahora virreinato del Perú; para cuando se funda Cañete (1558) no se encontraron más de 70 y 80 personas.²⁴

58 Pero los primeros datos fidedignos se tienen con la primera visita toledana a Lunahuaná (1577) cuando se indican un total 3276 personas para el valle. De ellas, 470 eran tributarios, 89 hombres adultos, 601 niños y 1846 mujeres de diversas edades. Cantidades muy interesantes: mujeres y niños simplemente abundan lo cual nos hace descartar la hipótesis del impacto epidemiológico, al menos hasta este momento. Lo que no hay son hombres, probablemente porque éstos son los que pelean y sobre todo los cargadores de vituallas, armas y demás abastos de los españoles en tiempos de sus guerras civiles. Por eso, es fácil aceptar que particularmente las guerras civiles afectan a los indígenas de la cuenca del Cañete, quizás más que por los sucesos la misma conquista;²⁵ finalmente, la forma tradicional andina de guerrear es diferente a la española más moderna, que no pelea estacionalmente y que por tanto, no deja espacio para el cultivo y la reproducción económica de los combatientes. Además, claro está, de lo que siempre supone una guerra, confiscación de comida y animales, robos de diversa índole, levadas forzosas de hombres, violación y esclavización de mujeres, etc.; no hay más orden que el de la fuerza.

Para la segunda visita toledana en 1590, sólo quedan 1915 personas de las cuales 474 eran tributarios, 96 hombres adultos, 372 niños y 973 mujeres. Una caída de casi el 50% en poco más de una década que se puede explicar por la conjunción de la tendencia de caída que venía desde atrás y las enfermedades que como epidemias, asolaron el virreinato. Pero también el hecho de que conforme se asienta la burocracia española, los indios aprenden a cómo burlarla; sólo un estudio a profundidad en el tema podría darnos una claridad mayor al respecto. En todo caso, para 1650 hay apenas 150 tributarios en la zona y quizás, por eso, el cronista Lizárraga señala que no había ya indígenas naturales en Guarco. Para 1720, con la prácticamente última epidemia que se da en el virreinato, se toca fondo demográficamente hablando y comienza luego ya la recuperación poblacional en todo el virreinato

–y el mundo-; para 1754 se señala un total de 12,616 personas para Cañete²⁶ pero ciertamente no naturales de la zona.

No hay que olvidar que los señores de Guarco, como posiblemente todos los señores étnicos que formaban parte del Tawantinsuyu, eran altamente beligerantes; sus mismas fortalezas lo dan a entender así. Y tal como Chuquimancu, el señor del señorío, vivía en Cancharí que era una fortaleza en la confluencia de los dos más grandes canales de agua, los hoy conocidos como San Miguel y María Angola, los mismos españoles aprovecharon varias veces las imponentes cuanto seguras fortalezas de la zona, sobre todo la llamada del Guarco ubicada en las cercanías del pequeño puerto de Cerro Azul. El rebelde Hernández Girón se refugió en su huída del Cusco en esta fortaleza, pensando en resistir en ella –aunque luego la abandonó. Por su parte, el Marqués de Cañete mandó que se asentase la ciudad en la cercanía de la fortaleza para beneficiarse de su protección y la utilizó para encarcelar allí a los conquistadores problemáticos: cuando se supieron las noticias del relevo de Cañete por Felipe II, el oidor Saravia lo desacató y el virrey, poco dado a contemplaciones, buscó aprender al oidor y enviarlo a la ahora fortaleza de Cañete. Saravia se salvó de ser preso y remitido a España porque se descolgó por un balcón de su casa y se escondió en el convento de Santo Domingo.²⁷

La zona, además, era clave geopolíticamente hablando y hasta los españoles se dieron rápidamente cuenta de ello. Pizarro en sus problemas de deslinde de posesiones con Almagro, pidió el Cusco pero también el señorío de Guarco. A su vez, Almagro también solicitaba lo mismo e incluso, cuando se enfrentó directamente contra las pretensiones de Pizarro, bajó a Chíncha, el valle aledaño a Cañete y estableció allí una ciudad, a manera de capital. El problema entre los conquistadores trató de ser solucionado, sin éxito, en un entrevista en Mala y nada menos que 700 soldados pizarristas lo aguardaban al sur de Mala, en Chilca, ambos valles vinculados al señorío de Guarco como se ha visto.²⁸ El señorío muy tempranamente había sido dividido en dos: el norte fue encomendado a Antonio Navarro que también tenía Asia, Oquilla y Calango mientras que el sur estuvo primero en poder de Alonso Díaz, que la abandonó, y luego Francisco de Aguirre sucedido por muerte por Alonso Martín de Don Benito. El éxito de Cañete es visible: los terrenos agrícolas fueron pasando rápidamente a poder de las familias nobles de Lima.

Porque con los españoles se inauguró el problema ciudad-campo en tierras donde antes no se había visto este tipo de concentración humana y en donde el equilibrio ecológico era sumamente precario. Cañete nació vinculada a Lima que era la ciudad capital y que como tal, comenzaba a crecer y

necesitaba ser abastecida con múltiples productos. Y los valles al sur y norte de esta ciudad se convirtieron en los principales abastecedores de la capital pero particularmente el sur, por su riqueza y por la facilidad de acceso. Por ejemplo, con el pan; el abasto de trigo siempre era escaso en el siglo XVI y se dice que todo el pan de Cañete se llevaba a Lima junto con harinas y bizcochos destinados a Tierra Firme (y controlado desde Lima). Como se ha dicho, poderoso atractivo de este valle era el agua constante.

Treinta fueron los vecinos iniciales de la villa; un buen número de españoles entre los cuales se nombró regidores y escribano. En tan sólo un año como virrey y siguiendo la tónica de la voluntad del rey de fundar villas de españoles para poblar y repoblar –ante la caída indígena- la tierra, Cañete había mandado fundar múltiples ciudades y villas; entre ellas, la de Cañete del Perú. Supuestamente un primer intento de fundación se realizó en 1556 pero las múltiples guerras entre españoles recién acababan de terminar (1554) y la pobreza era tan grande –se ha mencionado ya los motivos- que hasta La Gasca (1550) había recomendado no cobrar tributos a los Guarco. Finalmente, se fundó la villa Santa María de Cañete en 1558 para que los caminantes “no hagan perjuicio en los caminos a los dichos naturales ni en sus sementeras” y que, cumpliendo con una suerte de norma de sociedad tradicional donde la violencia simbólica era explícita para todos, fuera una villa “con horca y picota e jurisdicción civil e criminal” con una plaza de armas no más grande que la mitad de la de Lima. Además, cuatro solares en redondo debían ser para la construcción de la iglesia y del cementerio con una huerta para el cura residente; dos solares en la misma plaza para Cabildo y cárcel pública “despegada” de dicha iglesia; cuatro solares para hacer casas y tiendas en el lugar donde se entendiere que habría más “contratación”, esto es, ubicada hacia el mar; dos solares “apartados” para que se construya el monasterio de Santo Domingo y dos solares para hospitales, de españoles y de naturales. Luego de esto finalmente, se establecerían los solares para los vecinos con calles “que puedan ir dos carretas sin que la una se detenga para ver de pasar la otra”. Los caciques y principales del pueblo quedaban protegidos pues “don Alonso, don Diego y Don Thomas e Pedro Pichuy” y los cuarenta naturales que en total se encontraron, se les dejó las tierras de la casa “que antiguamente se llamaba de la coca” hasta Huacaytan; terrenos amplios –al parecer- que contaban con el agua de la acequia LLoclla y de la de Chome.

Por supuesto, se llamó a los vecinos residentes de la zona para que sirvieran como testigo, Diego de Messa, Andres de Incoses y Pedro de Quincoses y la fundación fue registrada por Alonso Useda, escribano de la villa de Cañete, en conformidad con

el francisco Fray Joan de Aguilera, los mencionados anteriormente, además de Diego Díaz, Luis Perez, Joan Martínez Tinoco y Martín López Salguero por encargo a Jerónimo Zurbano. El lugar escogido, llamado Caoldas, está a media legua del puerto de la fortaleza y al borde del camino real que venía de la Ciudad de los Reyes y la recomendación principal era que los vecinos fueran “casados e personas amigas de perpetuar e trabajar y que entiendan en labranzas e crianzas, e no para haber de vender luego los solares e tierras”. Entre las múltiples ordenanzas –comunes a cualquier fundación española-, resaltan dos: que se “ha de mirar el acequia grande que en tiempo de Huaina Capac estaba hecha” y ver de “aderesarla” bien y luego que no se saque piedras de la fortaleza más que para levantar la iglesia.²⁹

Como estos temas cotidianos, encontramos información: a quien se repartió cuántas fanegas de tierra, quien las poseía en ese momento, etc. Pero si retomamos la pregunta base y nos preguntamos por qué se funda Cañete del Perú, múltiples podrían ser las respuestas. El nombre ciertamente es para la honra del marqués que la funda y ya el sólo hecho de ponerle su apellido nos demuestra que el señorío de Guarco no es poca cosa. Pero también la reflexión nos lleva desde la alta política del virreino hasta la pequeña realidad cotidiana de permitir la manutención de un número de españoles en buenas tierras y con su producción abastecer a Lima, la capital del virreinato. En el fondo, se trata no sólo de una villa sino también de la defensa del naciente reino del Perú; de protegerlo de los conquistadores y de los señores étnicos.

En el caso de los españoles y como se ha dicho, el problema estaba en las expectativas de los que llegaron en fecha posterior a los hechos militares de la conquista; gente que no tuvieron parte y contraparte en las encomiendas y que por tanto, vieron frustradas sus expectativas de salir de la pobreza. Las ciudades de “frontera” servían tanto para eliminar a los “guzmanes” y otros vagabundos problemáticos de las ciudades establecidas como también para establecer puntos de control de la corona. Sobre todo porque eran consideradas ciudades y villas de “frontera”, “puertos” de tierra o de mar, por donde era fácil acceder a alguna región en particular. Como el valle de Guarco que a partir de él y de su vecino Lunahuaná, la subida a Yauyos es inmejorable. Y si bien no se puede decir que Cañete del Perú fuera una villa para el “desague” de estos problemáticos españoles si se sabe que muchos de ellos habían pasado por la experiencia reciente de rebeldía a la corona. Por tanto, por haber sido zona donde hubo indígenas que se sabía eran guerreros bien valía la pena de establecer una suerte de “presidio” de protección de las poblaciones españolas. En este caso, ni más ni menos que la capital del virreinato y por ello, la fortaleza del Guarco se puso a buen recaudo, bajo

control directo de su majestad.

Las quejas y las intrigas de los conquistadores expulsados del Perú por el marqués, como D. Antonio de Ribera o el mencionado Pérez Lezcano, con poderosos vínculos en la Corte, se combinaron con el ascenso de Felipe II quien resintió de inmediato al marqués. Finalmente, esos conquistadores expulsados señalaban que el virrey “hace y deshace de la hacienda real como si fuese hacienda del turco”.³⁰ Pero también quizás también deba considerarse el abandono de las políticas lascasianas por parte del nuevo rey. En todo caso, el Conde de Nieva (1559) fue nombrado con la orden específica de revocar todo lo hecho por el marqués de Cañete. Pero la muerte del Cañete le impidió llevar a cabo esas instrucciones. No obstante, su obra quedó desprotegida aunque Nieva siguió fundando ciudades, probablemente cumpliendo algún plan preestablecido. La villa de Cañete del Perú, por ejemplo, sufrió una avenida de tierra (huayco) que cerró la toma del canal principal y dejó parcialmente sin agua a tan fértil valle. Interesantemente se volverá a intentar desarrollar la villa Cañete en 1596 cuando don García Hurtado de Mendoza fungió de virrey del Perú.

Con respecto a los señores étnicos y para entender el impacto de la fundación de la villa de Cañete, hagamos un pequeño excursus sobre la alta política virreinal. El marqués de Cañete debió informarse muy bien de la situación del Perú antes de su llegada o conforme caminaba hacia Lima e imponía el orden entre los conquistadores. Apenas el virrey se asentó en la capital, de inmediato invitó al Inca a que saliese de Vilcabamba y fuera al Cusco o a Lima para negociar su reconocimiento y mercedes a cambio de su cristianización y vasallaje al rey de España. Dos puntos son altamente interesantes: Sayri Tupac, que no había aceptado ningún contacto con otras autoridades españolas, aceptó la invitación del virrey para presentarse ante él; no en Cusco sino que baja directamente a Lima con gran comitiva y séquito. Y luego, el marqués utilizó, en el mejor sentido tradicional, las redes de familia porque se sirve de la tía del inca, doña Beatriz Yupanqui, para convocarlo. El Inca pidió el palacio de Huayna Capac en el Cusco, la casa de placer de Manco Inca en Jaquijahuana mientras que los españoles le negaron su demanda de las tierras de Vilcabamba (estratégicas de ubicación) y le dieron además, la encomienda de Yucay en la parte alta (hanan) del Cusco junto con 17 a 20,000 castellanos de renta para sí y para sus herederos.

La bajada de la sierra y su entrada debió ser imponente: el Inca venía cargado en una litera de oro, con más de quinientos curacas principales, con insignias imperiales como el llauto real. El mismo Virrey y la Audiencia salieron en pleno a recibirlo y, tras los honores correspondientes, fue alojado en el

palacio del virrey. Luego de unos días, decidió volver a la sierra y en su camino de retorno, los indios le salieron a recibir con grandes muestras de pleitesía; en Huamanga, Miguel de Estete –quien le arrancara la mascaypacha a Atahualpa– se la devolvió y finalmente entró en el Cusco. Fueron bautizados, él y su esposa, y pasó a vivir al valle de Yucay donde se dice que fue envenenado a los 26 años de edad.³¹

De inmediato nos preguntamos, ¿cuáles fueron las repercusiones de este pacto entre el máximo representante del rey español en estas tierras y el rey del grupo nativo más poderoso a su llegada en el conjunto del ahora virreinato, antiguo Tawantinsuyu? Un tema apasionante de estudiar porque ni bien Cañete entró en negociaciones con los quechuas, hubo problemas y levantamientos en todo el norte del Perú y particularmente entre los Cañaris, que con los Chachapoyas fueron los “amigos” de los españoles y quienes los apoyaron desde un inicio en su lucha contra el Tawantinsuyu. Tanto es así, que Cañete mandó un representante directo y especial para que negocie con los curacas locales la fundación de Cuenca. Pero esto es parte de otra historia.

En el caso de los señores étnicos Guarco, se sabe que estaban vinculados a los quechuas; habían apoyado a Manco Inca en contra de los españoles y posiblemente la facilidad de fundar una ciudad en territorio indígena levantisco y clave haya tenido algo que ver con este pacto. Pero ¿cuál fue la reacción en el sur, en la gobernación de Chile. ¿Será quizás por este pacto que Don García, hijo del virrey, tiene un éxito resonante en la lucha con los araucanos pese a su juventud y en donde nadie había tenido siquiera un mediano éxito? Lo que si se sabe que es que para 1563, a sólo tres años de muerto el virrey y el Inca, bajo una nueva administración, no es posible mantener la recién fundada Cañete de Chile.³² Porque curiosamente la muerte del joven inca (1560) coincide con la del virrey de Cañete. Coincidencia que resulta sospechosa y que sería un tema para mucho pensar y analizar con respecto al manejo de las relaciones políticas intravirreinales.

En todo caso, el virrey marqués de Cañete tuvo éxito con el objetivo que le fue planteado por la corona, logró pacificar el país. Fundar la villa de Cañete del Perú, como otras villas, fue el signo de que los conquistadores terminaron siendo conquistados por la corona; la burocracia establecida a partir de ciudades, villas y pueblos se iría imponiendo lentamente. Y por otro lado, el hecho de que los Guarco, los señores étnicos locales, aceptaran formar parte del nuevo orden, es un reflejo de lo que Cañete logró en la alta política virreinal: en poco más o menos que tres años, logró negociar que la altiva panaca Hatun Cusco de los quechuas, el grupo étnico hegemónico, aceptara el poder español; cuanta mayor facilidad con respecto a

los muy golpeados señores étnicos de Guarco. Si se tuvo que esperar prácticamente diez años para lograr la institucionalización del virreinato del Perú con Francisco de Toledo (1570) probablemente esto se debió a la temprana desaparición del virrey invalidara, por tanto, todos los pactos que él realizara; finalmente en una sociedad de Antiguo Mundo, los acuerdos son sagrados y se recrean con cada sucesor.

Epílogo

El marqués de Cañete llegó al Perú con dos de sus hijos, Felipe y García; siendo el hijo legítimo, don García, en quien fue encomendada la muy importante misión de pacificar Chile. Pero muerto el virrey, su hijo quedó totalmente desprotegido y en la mayor pobreza. Sin embargo, años después, regresó al Perú pero ahora nada más y nada menos que como Virrey, Don García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete (1589-1596),³³ y lo primero que hizo fue reactivar todas las acciones llevadas a cabo por su padre y por él mismo.

De inmediato surgen muchas preguntas sobre el impacto de su gestión pero su respuesta queda fuera de este escrito. Baste decir que este marqués de Cañete no sólo enfrenta nuevamente –aunque esta vez con poco éxito- la pacificación de la Araucanía sino que bajo su gobierno, se realiza el sonado matrimonio entre Doña Beatriz, hija de Diego Sayri Tupac y de doña María Beatriz Cuziguaray, de la panaca Yupanqui del linaje Hatun Cusco con nada menos que don Martín García Oñez de Loyola, sobrino de San Ignacio de Loyola y nombrado luego gobernador de Chile. La hija de ambos Ana María Coya de Loyola fue llevada a España y en su momento, casada con don Juan Enríquez de Borja. Así, gracias a la gestión del segundo marqués de Cañete y del empeño puesto por el cuarto, la grandeza de España entroncó con la grandeza del Perú y realmente se pacificó al país.

La villa de Cañete del Perú, fundada por el segundo marqués de Cañete, sirvió en su momento para dar un espacio de vida diferente a los conquistadores, menos vinculado a la posesión señorial de tierras y más al mundo urbano-mercantil colocándolos bajo la burocracia española. De un plumazo se solucionaban varias cosas: la rica tierra agrícola fue repartida en pequeños trozos a algunos conquistadores quienes contaban con un mercado asegurado para su producción, Lima, la capital virreinal. Los señores indígenas, también considerados habían mantenido una buena parte de su posesión y la tranquilidad de dicha posesión venía ya no del orden inca sino del orden español. Si la muerte del segundo marqués de Cañete puso a la villa en una situación de desprotección -como cuando se cerró la toma del canal principal-, la llegada del cuarto marqués supuso una nueva inyección de actividad; los terrenos yermos

fueron adjudicados al Cabildo de Lima con la entrega de diez mil pesos. El éxito o fracaso de este interés por parte de García Hurtado de Mendoza se refleja plenamente en el siglo XVII y por ello, puede decirse sin ningún problema que el cotidiano devenir de la villa de Cañete estuvo estrechamente imbricado a la alta política virreinal del siglo XVI.

Notas bibliográficas

1.- Una primera versión de este artículo salió publicada anteriormente: "La villa de Cañete, a la conquista del reino" en Revista Andes. Antropología e Historia (Salta, Argentina; (19) 2008.- pp.183-210).

2.- Alayza señala en 1556. Pero como se verá después, no hay mayor referencias a esta fundación sino más bien a la de 1558. Sobre Cañete y su historia ver la pequeña obra de García Belaúnde. Ver Alayza de Losada, María Cecilia - Cañete: el caso de un valle costeño. Lima: Ts. de Bachiller PUCP, 1987; García Belaúnde, Víctor Andrés - Cañete: ayer y hoy.- Lima: Minerva, 1992.

3.- Arroyo, Eduardo - La hacienda costeña en el Perú. Mala- Cañete 1532-1968.- Lima: [s.e.], 1981. El arqueólogo Ramírez señala que Huarca, Runahuanac –separándose de la posición de Rostworowski (1989) que señala ser Lunaguanay- Mala y Chilca fueron parte del señorío Guarco. Ver Ramírez Muñoz, Favio - "Arquitectura arqueológica en Cerro Azul, Cañete" en: Revista de Investigaciones del CEAR.- Lima, (6) 2004- pp.111-116 y Rostworowski de Diez Canseco, María - Costa peruana prehispánica.- Lima: IEP, 1989

4.- Entre los muchos y valiosos aporte etnohistoriográficos, quizás los más importantes son los de María Rostworowski de Diez Canseco y los de los fallecidos Franklin Pease y del peruano John Murra. Sus trabajos son sumamente numerosos como para listarlos aquí.

5.- Aunque la teorización sobre "estado" o "imperio" no necesariamente se ajustan a la realidad de sociedades de antiguo mundo, por el momento no se cuenta con algún término sucedáneo adecuado a la realidad andina.

6.- Szemiński si bien resalta los estudios de Rostworowski -pues abrieron el panorama de los grupos étnicos más allá de los incas- dice es necesario ampliar las preguntas sobre los grupos étnicos andinos. Ver Szemiński, Jan (1997).- "Ika yunka + Lima yunka = Inka. Un ejemplo de transformaciones étnicas en el siglo XVI" en: Varón Gabai, Rafael, Ed.- Arqueología, antropología e historia en los Andes: Homenaje a María Rostworowski.- Lima: IEP, BCRP.- pp. 335- 349

7.- Brougere, Anne-Marie - ¿Y por qué no quedarse en Laraos?. Migración y retorno en una comunidad altoandina.- Lima: IFEA, INANDEP, 1992. La información del área agrícola posible en el pasado en Alayza (Op.cit)

8.- Cieza de León, citado por Arroyo (Op.cit.). Según Alayza (Op.cit.) la mayor información sobre Cañete se encuentra tanto en Cieza de León como en Garcilaso de la Vega.

9.- Recojo la afirmación de Rostworowski (Costa peruana... p.83) quien señala que Stummer calculaba 110 huacas con 18 complejos indígenas.

10.- En general, el estudio etnohistórico más completo sobre la zona es el mencionado de Rostworowski de Diez Canseco, María - "Guarco y Lunahuaná: dos señoríos prehispánicos de la costa surcentral del Perú" en: Revista del Museo Nacional.- Lima, Tom. XIV, 1978-1980- pp. 79-127.

Y también Costa Peruana... Además Larrabure y Unánue, Eugenio (1874).- Cañete: apuntes geográficos, históricos, estadísticos y arqueológicos.- Lima: Imprenta del estado, 72p.

11.- Es el caso de los pescadores de Végueta, Huaura, al norte de Lima. Uno de los tantos pequeños valles que están cerca de la capital, aunque su riqueza no es comparable a la de Cañete. Ver Rostworowski (Costa peruana..., p.87)

12.- Ver Bonavia, Ducio - Perú, hombres e historia: v.1 prehispánico.- Lima: Edubanco, 1991 y también Ramírez (Op.cit.)

13.- No está demás recordar que la actual costa peruana cuenta con muy poco agua; los ríos son estacionales y dependen de las lluvias serranas. El agua, en este espacio, se encuentra en la otra vertiente, en la de la selva amazónica.

14.- Arroyo (Op.cit..., p.36). Hay pocos estudios sobre mitos en el caso de la historiografía peruana. El más conocido sobre los dioses mencionados es el de Taylor, Gerald - Huarochirí: manuscrito quechua del siglo XVII.- Lima: IFEA, 2001 y el clásico: Ávila, Francisco de; Taylor, Gerald Ed.- Ritos y tradiciones de Huarochirí.- Lima : IFEA : Banco Central de Reserva del Perú : Universidad Ricardo Palma, 1999.

15.- Ver al respecto el interesante texto de Vega, Juan José-Manco Inca.- Lima: Brasa, 1995.

16.- Cuando el Virrey Blasco Nuñez de Vela pasa por Panamá, ejecuta estas órdenes y son muchísimos los indígenas de Cubas y otras islas que son repatriados con el subsiguiente disgusto de sus "dueños". Ver Del Busto Duthurburu, José Antonio - Historia general del Perú: La Conquista. Tom. IV.- Lima: Brasa, 1994, Cap.18

17.- Diego de Almagro sufrió garrote en julio de 1538; "los almagristas se mostraron furibundos; algunos indios proclamaron su pesar" (Del Busto Op.cit..., p.274) Pizarro fue muerto poco después, el 26 de junio de 1541 y Almagro el Mozo fue alzado como Gobernador del Perú; a su vez, fue vencido por Vaca de Castro el 16 de setiembre de 1542, en la batalla de Chupas, considerada como la más sangrienta de las acaecidas entre conquistadores. Ver Del Busto (Op.cit..., Cap. 16)

18.- El factor Illán Suárez de Carbajal fue quien le pidió tal cosa al virrey que -según Del Busto (Op.cit..., 366), "se le ensombreció el rostro de ira, más terminó jurando que haría todo lo que fuese bueno a Dios, al Rey, a los vecinos y a los indios"

19.- Del Busto (Op.cit..., 439-440, 442) y Vargas Ugarte, Rubén - Historia general del Perú: Virreinato (1551-1596).- Lima: Carlos Milla Batres, 1971, v. II, p. 37 y ss.

20.- Ver Hanke, Lewis y Celso Rodríguez- Biblioteca de autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Los virreyes españoles en América durante el gobierno de la casa de Austria. Perú.- Madrid: Atlas, 1978, v.1, p. 41

21.- Las citas han sido extraídas directamente de las cartas publicados por Hanke y Rodríguez (Op.cit..., p.50 y ss.)

22.- Vargas Ugarte (Op.cit..., p. 64-65)

23.- Citando a Lisson, Hanke y Rodríguez (Op.cit..., p. 41-42). Cañete dio 7000ps para que se terminara de construir el hospital y éste no hizo más que perfeccionarse después. Vargas Ugarte (Op.cit..., p.60 y 83)

24.- Como se mencionó en la primera nota, en el documento presentado por Angulo (1924:25) se hace referencia a una fundación de 1556; se habla del Libro de Cabildo (Angulo, Domingo- "Don Andrés Hurtado de Mendoza y la fundación de la villa de Cañete" en Revista Histórica.- Lima:

Tom.7, 1924- pp.21- 89). Pero al parecer -y sigo la opinión de Rostworowski (Costa peruana...)-, la fundación no prosperó y Cañete tuvo que ser refundado en 1558 en donde si hay documentos que sustentan la fundación y reparto de solares.

25.- Vargas Ugarte (Op.cit..., p.42) nos señala que Pedro Luis de Cabrera, jefe del ejército de la Audiencia de Lima, pasó por Mala mientras que el Arzobispo Loaiza a Asia y ambos se juntaron en Cañete.

26.- Todos los datos demográficos de Brougere (Op.cit..., p.22-24). Ver también León Fernández, Dino (2004).- "El indígena catequizado e idólatra. Las visitas de idólatras en Santiago de Lunahuaná, s. XVII" en: Uku Pacha. Revista de Investigaciones Históricas.- Lima: 4(7-8), 2004, pp. 87-109

27.- Vargas Ugarte (Op.cit..., p. 95)

28.- Arroyo (Op.cit..., p.53)

29.- La ubicación original ha cambiado debido a los múltiples terremotos, como el de 1687. El documento de fundación es publicado por Angulo (Op.cit...)

30.- Ver Hanke y Rodríguez (Op.cit..., p.41)

31.- Del Busto (Op.cit..., p.475-6) y Vargas Ugarte (Op.cit..., Cap.IV)

32.- Tal como señala, el Sr. C. Hermosilla (comunicación correo-e, 14 sep 2006): El sueño de don García se nos muestra, al cabo de pocos años, solamente como eso: un sueño, una quimera, ya que la ciudad de Cañete de la Frontera tiene que ser despoblada en enero de 1563 ante la imposibilidad de los españoles de resistir a los constantes ataques araucanos.

33.- Sobre el personaje y su accionar, está la interesante tesis de López Domínguez, Elisa - Don García Hurtado de Mendoza.- Lima: Ts. de Bachiller PUCP, 1946